

**Felipe Criado Boado. *Arqueológicas. La razón perdida*
Bellaterra/Arqueología, Barcelona, 2012. ISBN: 978-84-7290-567-2**

Nos encontramos ante el largamente esperado libro de uno de los más interesantes teóricos de la arqueología española, el Profesor de Investigación y director del Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), cuyo trabajo muchos de nosotros hemos seguido durante años, Felipe Criado. Propiamente no se trata de una obra nueva sino de una recopilación de trabajos anteriores, publicados en revistas y libros españoles y extranjeros, correspondiendo incluso algunos capítulos, los más largos y sesudos, a parte de las obligadas memorias de oposición por las que los funcionarios académicos hemos pasado sin remedio (y que en ocasiones, como ésta, hasta pueden resultar útiles para el resto de la profesión).

A diferencia de muchos *readers* o compilaciones de obras anteriores de cualquier autor consagrado, donde los artículos se exponen en su forma original indicando la publicación inicial, en este caso Criado ha revisado los textos, los ha completado en ocasiones con numerosas y prolijas notas, y ha actualizado parte de las referencias bibliográficas. Asimismo ha ordenado los textos, no de forma cronológica sino lógica, para dar origen a un tratado teórico amplio y profundo en el que expone metódicamente su original adaptación (y pretendida superación) del estructuralismo de Claude Lévi-Strauss a la historia y a la cultura material, es decir a la arqueología. Con todo, que el texto no haya sido escrito de nuevo en su totalidad, obligación de la que cualquier lector mínimamente caritativo debería eximir al autor, tiene lógicas servidumbres entre las que es imposible no mencionar la abundancia en muchos conceptos que reaparecen en demasiadas ocasiones, eso sí y en descargo del autor, repensados una y otra vez de forma diferente.

Las razones de la primera parte del título deberían estar por tanto claras, en su reminiscencia de la obra principal del antropólogo francés, y también algo en recuerdo de otro autor admirado, Roland Barthes. Para entender el origen del enigmático subtítulo ya es necesario ahondar en el texto hasta encontrar, en varios de sus múltiples recodos, que Criado busca una doble finalidad: recuperar la razón prehistórica, es decir el sentido desaparecido de las culturas del pasado, y recuperar la razón moderna, es decir la razón *tout court*, la cientificidad del empeño ilustrado occidental, amenazada según él por la disgregación epistemológica puesta

en marcha por una posmodernidad tan extendida como mal entendida.

Esta obra, por otro lado, debió ser publicada hace ya años, cuando la mayoría de los argumentos habrían alcanzado una expresión casi definitiva tras una larga maduración. Las razones del retraso se me escapan (la “falta de prisa” aducida por el autor no resulta muy convincente), pero pueden estar relacionadas con su intensa dedicación a la gestión científica de las ciencias humanas y sociales dentro del CSIC durante la última década, llevando a la práctica sus ideas profesionales en medio de no pocas dificultades y empujando a la arqueología española en el sentido profundo (existen otros, no tan profundos) del patrimonio cultural y arqueológico. Por esto último sorprende, no obstante, que la puesta al día del texto en este tema de la “arqueología pública”, de “lo que le falta a la teoría arqueológica”, que se anuncia al final del primer capítulo (escrito en último lugar) no tenga luego apenas plasmación en el resto del volumen.

Hasta que en los dos últimos capítulos llega a exponer su metodología de análisis arqueológico, el grueso del libro nos muestra una espaciosa y descomedida pelea del autor con la teoría social contemporánea. A diferencia de muchos, Criado ha leído directamente a los filósofos que trata, los ha entendido e intenta aquí traspasar su riqueza a un lector medio formado en historia y arqueología. Otra cosa es que lo consiga plenamente: también por haberse contagiado el complejo estilo literario de los *philosophes*, las muchas páginas dedicadas en el segundo capítulo a la fenomenología y la hermenéutica, por ejemplo, pueden resultar aún más largas para quien carezca de ideas previas y claras sobre los “giros” teóricos (hermenéutico, lingüístico, textual, etc.) del pensamiento del siglo XX.

Antes de meterse en profundidades, el primer capítulo del libro nos ofrece una atractiva síntesis de los tres principales paradigmas arqueológicos del siglo pasado: historicismo (que sería una “arqueología de la forma”, basada en excavaciones estratigráficas), procesualismo (“arqueología de la función” con excavaciones en área) y posprocesualismo (“arqueología del sentido” con la novedad del estudio de los paisajes culturales). A pesar de la crítica a que los somete (la del positivismo y funcionalismo es una de las partes más brillantes del libro), Criado, siempre guiado por un eclecticismo que enigmáticamente define como “integrador pero no apacible”, parece defender la posibilidad de coexistencia de

las tres aproximaciones, debiendo elegir cada uno según sus intereses particulares con respecto a la cultura material (forma, función o sentido). Según mi pobre experiencia con este tema central de la epistemología contemporánea, admito mi acuerdo parcial con el autor: por haber sido formado consecutivamente en los tres paradigmas a lo largo de mi carrera, ahora mismo estoy facultado para aplicar uno u otro sin excesivos chirridos. Ya dijo alguien que una prueba mayor de inteligencia era precisamente la “incoherencia” de estar de acuerdo con varias ideas contradictorias y ser capaz a pesar de ello de seguir actuando en la vida diaria. No obstante, y sin abrazar del todo la conocida máxima kuhniana de la inconmensurabilidad de los paradigmas, creo sinceramente que éstos no se “agregan” sino que se “superan”, enfocando problemas diferentes y diciendo las cosas de distinta manera: cada uno de los anteriores tres sistemas arqueológicos tiene algo que decir, no complementario sino divergente, sobre la forma, la función y el sentido de la cultura material arqueológica.

Es en ese mismo primer capítulo donde Criado dedica más espacio a uno de los asuntos fundamentales del libro: la crítica de la posmodernidad teórica y de la arqueología posprocesual. Aunque el autor está en una posición envidiable para ello, pues se hallaba en la universidad de Cambridge a comienzos de los ochenta cuando Ian Hodder publicó los primeros trabajos que luego iban a tener tanta influencia, inesperadamente (y tristemente) su censura combina enfoques teóricos de una cierta profundidad (como el carácter no novedoso, ni tampoco anti-moderno, del posmodernismo) con lugares comunes que hemos escuchado con frecuencia desde posiciones política y culturalmente reaccionarias. Se empieza acusando al posmodernismo de lo que no es (subjetivista, individualista, “identitario”, antisocial, anticientífico, etc.) y se acaba denunciando la “pérdida de la autoridad, la jerarquía, el consenso, la comunicación... todo lo que antes organizaba la vida...” (nota 76). No podía faltar una referencia laudatoria a la famosa falsificación de Sokal, un científico ávido de notoriedad en los círculos conservadores que demostró algo tan trivial como que los teóricos posmodernos franceses, filósofos y lingüistas en su mayoría, no tenían ni idea de ciencias físico-naturales, ¡y se atrevían a usar algunos de sus conceptos!

Pero, como no podía ser menos porque Criado es hijo de su tiempo, el posmodernismo es el elemento borrado (o que se intenta borrar sin conseguirlo), en el sentido derridiano, de todo el libro, el exigente “Gran Otro” lacaniano al que el autor se dirige e intenta satisfacer a lo largo del texto. En un ejemplo del viejo refrán de “quien se excusa, se acusa”,

Criado se anticipa con frecuencia a las críticas que inocentemente se imagina que va a recibir, intentando neutralizarlas aunque sin mucho éxito por dos razones: por creerse en una posición de debilidad más imaginaria que real y porque la argumentación del libro contiene muchos elementos, abiertamente utilizados por el autor, del mismo posmodernismo que critica. Entre ellos están las frecuentes referencias a Foucault, o la repetida admisión de que, aunque quiere describir el pasado, la arqueología también contribuye a construir el presente, de una forma que para el autor siempre ha de tener un sentido crítico y progresista. Tampoco podemos olvidar que las ideas que Criado avanzó en su interpretación concreta del megalitismo gallego, a finales de los años ochenta, fueron luego adaptadas por dos de los más importantes exponentes del posprocesualismo británico, Ian Hodder y Julian Thomas.

Habiendo hecho esas aclaraciones, el libro se va acercando poco a poco a su principal objetivo, que no es otro que la exposición del método que nos permite una interpretación “objetiva” del pasado prehistórico, es decir realizada “desde el horizonte de subjetividad al cual pertenece el fenómeno interpretado” (desde la “otredad prehistórica”) y no únicamente desde la subjetividad del intérprete actual. Para ello analiza las formas de racionalidad “no occidental” que definió Lévi-Strauss, el “hombre que quiso pensar como un pájaro” pero que prudentemente siempre se negó a otorgar un significado temporal e histórico a esas formas, a buscar su origen en el pasado. Apoyándose en el original y malgrado antropólogo francés Pierre Clastres, Criado propone superar el esquema dualista de Lévi-Strauss (pensamientos “salvaje” y “domesticado”) con otro más amplio de cinco clases de racionalidad: cazadora, salvaje, doméstica, domesticada y jerarquizada. Los tipos no son cajones cerrados, pues cada uno tiene mucho en común con sus contiguos, ni tampoco períodos cronológicos o culturales (rechazar la acusación de combinar estructuralismo y evolucionismo, en principio incompatibles por desvirtuarse mutuamente, es otra preocupación del autor en esta parte del libro). Pero aunque se diga una y otra vez que son variedades que pudieron ser y fueron contemporáneas, que no son excluyentes y se pueden combinar (o, mejor, que se trata de “dispositivos heurísticos” que luego se aplican a cada explicación concreta), lo cierto es que la serie anterior acaba igualándose en gran medida con la sucesión clásica Paleolítico-Neolítico-Megalitismo-Edad del Bronce-Edad del Hierro, o con las categorías sociales de sociedad primitiva, segmentaria, doméstica, campesina y tributaria, que se pueden resumir en los dos grandes tipos de sociedad: igualitaria-indivisa y dividida (p. 306). Reseño aquí de paso mi

sorprende porque Criado apenas haga referencia a las categorías económicas y los modos de producción, citando solo en un par de ocasiones (aunque admirativamente) el marxismo.

La manera de localizar tales modelos en el registro arqueológico se basa en el principio de que las estructuras mentales que los definen tuvieron que proyectarse en los diferentes ámbitos de la cultura material, por lo que éstos han de compararse unos con otros en busca de paralelismos (por ejemplo, entre el mundo funerario y el doméstico). De acuerdo con el que ha sido su principal campo de investigación concreta, Criado aplica este “análisis formal” a la arqueología del paisaje y los monumentos prehistóricos, en cuyas “estrategias de visibilización” distingue una sucesión en buena medida paralela a la de formas de racionalidad: estrategias de inhibición, ocultación, exhibición y monumentalización. La gran ventaja de las formas anteriores es que en principio son universales, por lo que su aplicación conduce a descubrir procesos globales y a librarse de la supuesta atomización y particularismo de las explicaciones postprocesuales.

A pesar de lo anterior, algo no debe de funcionar tan bien porque en varias ocasiones se interroga Criado por el escaso atractivo que las ideas de Lévi-Strauss han ejercido entre los arqueólogos. De acuerdo con el estilo retórico antes reseñado, el propio autor se encarga de responder a su pregunta: el método estructuralista permite acceder a la sintaxis pero no a la semántica de las culturas prehistóricas. Al no poseer datos contextuales de ellas, lo que conocemos es precisamente aquello que tienen en común con muchas otras (o con todas), quedando lo concreto de cada una en la oscuridad. Pocas palabras expresan mejor esta crítica que las de Umberto Eco sobre Lévi-Strauss que cita el autor (p. 294): en vez de partir de hipótesis sobre lo idéntico para profundizar en lo diverso, lo que hace aquél es “saquear lo diverso para descubrir siempre lo idéntico”. Hace ya mucho tiempo que los enemigos del estructuralismo le acusaron de quedarse siempre en la forma (significante) despreciando el contenido (significado). El paso adelante que el argumento

estructuralista no tenía más remedio que dar como respuesta era advertir que el mismo fondo está determinado por la forma, es decir abrir la puerta (esa que, como decía C. Tilley, Lévi-Strauss nunca quiso atravesar) al postestructuralismo. Lo que resta del contenido sobrepasa el campo del lenguaje y afecta a algo tan humano y *social* como la individualidad, la intencionalidad y el compromiso, es decir, la política.

Aparte de su constante autocrítica y de la simpatía con que trata las teorías rivales (pagando el precio de que su propia postura quede algo desdibujada), otra de las pruebas palpables de la honestidad del autor es que haya publicado este libro sin omitir ni uno solo de los reconocimientos y múltiples referencias que hizo en los textos originales a uno de sus maestros, tal vez el principal entre los españoles, un catedrático de la Universidad de Santiago cuyo nombre prefiero omitir aquí. Como es sabido, este profesor, probablemente movido por el conocido complejo de “maestro superado por el alumno”, publicó hace pocos años una durísima crítica hacia la obra de Criado en una de las revistas más prestigiosas del CSIC y de nuestro país, a pesar de no contar prácticamente con ningún aparato empírico ni cumplir mínimamente las normas exigidas de calidad científica en estas publicaciones. Esta clase de revanchas a posteriori deben de ser más frecuentes de lo esperable y lo conocido, puesto que la revista en que aparece esta reseña sufrió también hace poco un intento, felizmente fracasado, del mismo tipo.

En alguna ocasión dentro del volumen, Felipe Criado se disculpa por seguir siendo estructuralista, o por seguir creyendo en la ciencia con mayúsculas. Algo, sin embargo, por lo que no lo hace, y estaría obligado a ello, es por habernos hecho esperar tanto tiempo por este libro.

Victor M. Fernández Martínez
Departamento de Prehistoria
Universidad Complutense de Madrid
victormf@ghis.ucm.es